

La parálisis sospechosa

Rolando Cordera Campos

Empezar el año con una carta a Los Reyes puede no ser mala idea, como lo hicieron las enfermeras. Sin embargo, por ahora todas las líneas de comunicación con estos benefactores han sido copadas por el curioso staff de gobierno formado por el licenciado Calderón para encarar lo ingobernable. Ellos arrancan el año definiéndolo como terso y sus prontos corifeos les dan punto menos que el Nóbel en materia de gobernación. Pero lo principal y grave está por venir, y pronto tendrá que (re)descubrirse que no se puede mandar en un país de más cien millones de almas asentadas casi todas en las ciudades, por la vía de la encuesta secreta o de la íntima auto evaluación.

Las disonancias entre Palacio Nacional y el de Cobián asomaron en los primeros desencuentros mediáticos del responsable de política interna y la realidad. Para acabar con el narco es mejor bajarle el volumen a una opinión pública que a diario tropieza con la faz del crimen organizado y su cauda carnicera, recomendó el titular de Segob, pero su jefe se vistió de faena, insistió en su mensaje navideño en que el combate del narco está en la primera fila de sus prioridades y sus asesores de imagen lanzaron *urbi et orbi* su primera serie de fotos en tandem: de casaca militar y cinco estrellas a camiseta campeonísima.

¿Gobernación contra gobernanza? A ver qué nos dice el amigo Aguilar Villanueva, pero debajo de esta cuestión parece haber más capas de la geología fantástica de nuestra política que en los archivos de Gober. ¿Cómo imaginar un gobierno dispuesto al cambio pero comprometido con la defensa a ultranza del *statu quo* que a tropezones y torpezas le heredó el presidente Fox? ¿Son compatibles las profesiones de fe democrática con el soslayo de la cruda realidad de desigualdad e injusticia que subyace el ejercicio de un poder que no sólo sufre de una legitimidad menguada sino que aparentemente ha decidido ignorar lo dudoso de su origen?

A estas y otras cuestiones tiene que dirigirse el debate político para aspirar a una plataforma política civilizada que rescate al país de esta parálisis festejada extrañamente y que sólo puede anunciar, a pesar de la cascada mediática que celebra lo innumerable, tormentas mayores y escenarios tortuosos en los que la lucha social se vea sofocada por la defensa del privilegio y la conservación del poder a toda costa. Confundir el estancamiento con la estabilidad y encontrar la fuente de ésta en la inmovilidad no es la brújula que el Estado requiere para salir del atolladero en que lo dejó Fox y acometer su vital reforma.

Se festina que este segundo gobierno panista será claro y transparente, y que la coyuntura de la que surgió lo llevaría a rebasar a su adversario “por la izquierda”. No ha sido así, y la triste feria de malos números y peores cálculos de lo que solía conocerse como el Presupuesto de Egresos de la Federación, confirmaron que la vocación del gobierno calderonista es el respeto a los mitos de Hacienda, convertidos por su nuevo sacerdote en mandamientos de la Ley de Dios, a la manera del inefable señor Rato.

Los salmos antimonopólicos, entonados por analistas a la orden y aficionados a la ciencia ficción de la auto ayuda, tampoco han conmovido a nadie, entre otras cosas porque los cruzados más valientes de la campaña contra la concentración...son las

firmas que controlan la información y pretenden el adoctrinamiento cotidiano. Más que utópico, vano será el esfuerzo por inyectarle competencia al sistema económico cuando la raíz de la concentración está en la riqueza enfeudada y en una política de la que los medios de comunicación de masas quieren ser únicos prefectos.

El desprestigio de los políticos, promovido pero también ganado a pulso, más bien busca el deterioro de la política para desde ahí afirmar el carácter de tributarios que partidos y legisladores han adoptado pasivos. La convocatoria para liberarnos de los monopolios, en la que se da igual trato a partidos y sindicatos que a empresas con excesivo poder de mercado, suena así, más bien, a la preparación de una ofensiva contra algunos grupos empresariales, o sociales, que no han querido seguir la pauta dominante de aceptación sin más de las reglas del poder que, so pretexto de la recuperación del orden público, se presenta como inatacable.

Así, sin recurso a la imaginación política y sin recursos reales suficientes para mantener la ilusión de que pronto todos seremos de clase media, lo que se ofrece a cambio de la resignación es rendición, mientras la lava de la decepción termina de salir del cono. Sin perspectiva y sin ganas de forjarla en el debate y el riesgo de una propuesta de Estado, el gobierno se asoma a la parálisis como consigna. Una verdad gris pero no por ello menos sospechosa.